

SE SUSCRIBE EN TOLEDO, LIBRERIA DE FANDO.

Este Boletín está dedicado á la circulacion de las comunicaciones oficiales del Arzobispado, y demas que convenga al interés del Clero.



SE PUBLICA TODOS LOS SÁBADOS.

Los señores eclesiásticos que no le reciban á tiempo, harán la reclamacion dentro del término de 20 dias, pasados los cuales no será atendida.

BOLETIN ECLESIASTICO

DEL

ARZOBISPADO DE TOLEDO.

CONFERENCIAS PREDICADAS

POR EL REVERENDO PADRE FELIX, JESUITA, EN LA
CUARESMA DE 1858.

(Continuacion.)

II.

¿Por qué los santos deben ser llamados los hombres mas progresivos? Porque son realmente los hombres mas grandes de la humanidad, y su grandeza es la grandeza en el orden. Podria decir aquí, que los santos no son, como tales santos, estraños á ninguna de las grandezas que pueden ilustrar á los hombres, y no han sido fatalmente desheredados de los dones que la Providencia deja caer lo mismo en el alma del bueno que en la del malo. El genio no va necesariamente unido á la santidad, pero tampoco está necesariamente separado de ella. Ahora bien; cuando Dios enciende en el alma de los santos esa llama invisible á la que se da el nombre de genio, hé aqui lo que generalmente sucede. Los santos producen las obras mas bellas del hombre, y llegan á ser las mas grandes de los hombres, aun en aquello que no constituye el principio de su grandeza; los mas grandes de los filósofos, si son filósofos; los mas grandes de los políticos, si son hombres políticos; los mas grandes de los capitanes, si son capitanes, y si son Reyes, los mas grandes de los Reyes.

¿Por qué? ¿De dónde procede á los santos

esa grandeza eminente, esa incontestable superioridad? De que, supuesto igual genio, los santos, mas que los otros hombres, poseen el instinto de lo verdadero, que es lo que forma los grandes filósofos; el sentido de lo bello, que forma los mejores artistas; el genio del orden, que forma los mejores hombres políticos; el amor á la patria, que forma los mas grandes héroes; el amor de los pueblos, que forma los mejores Reyes; la pasion por el sacrificio que forma los bienhechores de la humanidad y los salvadores de la sociedad.

De la union del genio y de la santidad en el filósofo, nace la filosofía mas elevada, que se llama San Agustin ó Santo Tomás. De la union del genio y de la santidad en el orador, nace la elocuencia mas poderosa, que se llama San Bernardo ó San Crisóstomo. De la union del genio y de la santidad en el artista, nace el arte mas puro, que se llama el Beato Angélico. De la union del genio y de la santidad en los Reyes y en los capitanes, nacen los mayores capitanes y los mejores Reyes que se llaman San Fernando en España, San Eduardo en Inglaterra, San Luis en Francia. Por último, de la union del genio y de la santidad en los hombres que han recibido la mision de socorrer y de salvar, nacen los salvadores mas ilustres y los bienhechores mas famosos de la humanidad, que se llaman San Leon ó San Gregorio.

Los santos, pues, como santos, no son estraños á ninguna grandeza verdadera del hombre, á ningun verdadero progreso del mundo. Ciencia,

filosofía, artes, literatura, etc. todo lo que es verdadero, bello, legítimo, grande, se concilia con la santidad, y ha tenido ilustres personificaciones en los santos.

Pero no es esto lo que hace de los santos los hombres progresivos. En los verdaderos santos hay otra cosa mas grande que estas grandezas y esa cosa es su santidad. El santo como santo, es mas grande que el filósofo, que el poeta, que el artista, que el conquistador, que el político, mas grande que todo lo que es del hombre, porque la santidad es la perfeccion del hombre mismo, es el mérito personal, es el valor humano engrandecido por la gracia divina. Cuanto mas santo es un hombre, mas con el auxilio de Dios se eleva y perfecciona, mas crece en valor como hombre, y como ser humano. Las otras grandezas de que hemos hablado son atributos, privilegios, prerogativas, ornamentos del hombre; la santidad es el hombre mismo, el hombre grande con su verdadera grandeza, el hombre adornado de la mas alta majestad.

Si, en la santidad se encuentra la verdadera grandeza de estos Reyes de la humanidad, por ella constituyen esa aristocracia de los hombres, porque solamente por ella son los mejores, los mas grandes de los hombres. En un lenguaje consagrado por un uso que no quiero calificar, los hombres ilustres por la ciencia, por la palabra, por la conquista, etc., son llamados grandes hombres. Para darles un nombre que les cuadrara mejor, debia llamárseles grandes pensadores, grandes oradores, grandes políticos, porque se puede ser lo que ellos son, y no poseer la verdadera majestad del hombre. Hay muchos hombres á quienes se llama grandes, que mirados bajo el punto de vista de nuestra verdadera grandeza parecerian muy chicos, y ni el mismo genio pesa mucho en esta balanza, donde se pesan los hombres segun lo que valen como tales; y diga lo que quiera la poesía, nunca afirmará la verdad que el genio es una de nuestras virtudes.

El verdadero grande hombre es el Santo, porque el santo es grande por su grandeza personal; es el mas magnánimo, el mas desinteresado, el mas caritativo, el mas intrépido, el mas paciente, el mas fuerte, el mas dulce, el mejor bajo todos los puntos de vista, el mas semejante á Dios, y si puedo expresarme así, el hombre mas grande que el hombre, el hombre mas divino.

Notad como todas las grandes almas adivinan

en la santidad esa grandeza primitiva. Cuando se encuentran en presencia de un verdadero santo, conocen, por la necesidad de respetar que sienten, que se han puesto en contacto con una majestad mas digna de veneracion que lo demas que se venera en el hombre. La grandeza de los santos se siente y se refleja en su fisonomía, que no se parece á ninguna otra por su belleza, por su majestad. Hé aqui la causa de que los artistas que conservan, no ya el sentido del cristianismo puro, sino el sentido de la grandeza humana, se sienten atraidos por un encanto que no cesa, hácia esas fisonomías incomparables en las que ven los mas bellos reflejos del ideal con que sueñan, experimentando al pintarlas una elevacion que trasfigura su arte, y á veces sus propios corazones.

Y lo que decimos de la grandeza de los Santos, de que su fisonomía es el reflejo visible, debe decirse de todos los santos, sea cual fuere la perspectiva en que nos les presenten los siglos. Oigo decir que algunos escritores ingeniosos distinguen entre los santos antiguos y los modernos. Los santos del cristianismo primitivo, dicen, los de la Edad Media, tienen grandeza; se nos representan con alguna majestad: estos santos antiguos son *altas estátuas de orgulloso continente, representacion de los caracteres del ideal de la naturaleza humana*. Pero los santos modernos son otra cosa y tienen á lo que parece un aire *enfermizo, mezquino, insignificante*, y, perdonadme la palabra, pues no hago sino repetirlo, un aire *raquitico*. Tal es, segun se dice, la línea profunda que separa á los santos mas lejanos de los mas próximos á nosotros.

Nosotros podriamos con alguna justicia, á nuestra vez, preguntar cuál es, en su manto filosófico y en el siglo XIX, la majestad de los modernos Platones y de los modernos Sócrates que á tan profundas reflexiones se entregan. No tienen en su frente para engrandecer nuestro respeto la aureola de la antigüedad; pero no por eso les estimamos menos, y no tienen ellos la culpa de que no podamos considerarles á traves de veinte y cuatro siglos. Acaso Sócrates y Platon si se presentaran ahora á nuestra vista, no hicieran mejor figura. ¿Por qué, pues, complacerse en rebajar tanto la fisonomía de los santos modernos? Seguramente la figura de los santos adquiere del trascurso de los siglos un prestigio que los engrandece en el pensamiento popular, y comprendo que á los ojos de los hombres que quieran ante todo ser literatos y

artistas, los santos modernos aparezcan con menos majestad que San Pablo en el arcópagó. Pero esto con respecto á la grandeza de los santos no es sino un punto de vista puramente estético, y seria rebajar la dignidad intrínseca del objeto, el discutir tan frívolas curiosidades. Considerados á la luz de la fé y aun á la luz de la simple razon y enfrente de la cuestion que nos ocupa, antiguos ó modernos, canonizados hace quince siglos ó canonizados ayer, los santos son siempre los santos, es decir, la humanidad engrandecida, el hombre elevado á mayor altura que su naturaleza.

Que el hombre de la literatura y de la arqueología, por las necesidades de su arte y de su profesion se ingenie para engrandecer ó achicar á su gusto la fisonomía de los santos; que los encuentre magníficos con sus ropas talaes, y miserables con sus vestidos modernos, lo siento, pero no me admira. A ese hombre le falta un sentido, el sentido de la grandeza de los santos. Ve su superficie, pero el fondo se le oculta, y su vida es para él un misterio. Afortunadamente este sentido de la grandeza de los Santos no falta en los pueblos cristianos; sea cualquiera la distancia de donde les miren, de lejos como de cerca, les ven con la misma aureola, les manifiestan el mismo respeto. Los santos de todos los siglos les parecen invariablemente los mas grandes hombres de la historia, dignos de elevar con ellos mismos á la humanidad entera, y comunicándole su propio engrandecimiento.

Pero bajo nuestro punto de vista no está todo en engrandecerse; para ser verdaderamente *progresivo*, es preciso engrandecerse en el sentido del fin comun; es preciso llevar consigo la grandeza, pero la grandeza en el orden.

Las demas grandezas que el hombre puede realizar en sí mismo, no son grandezas esencialmente progresivas, porque no se han coordinado con relacion á ese fin. Grandeza en el pensamiento, grandeza en el arte, todo puede desviarse y se desvia demasiado de su legítimo fin, y por estas desviaciones de la ciencia, del arte, la humanidad retrocede y recibe de aquellos á quienes saluda como á grandes hombres, profundas heridas. Sabios, artistas, todos la hieren con el arma que el genio pone en sus manos, y la humanidad á través de la historia, pasa cubierta de las cicatrices que le deja durante siglos, la gloria de los hombres ilustres.

Pues bien; la grandeza que nunca ha hecho retroceder un paso á la humanidad, es la gran-

deza de los santos, la ilustracion que nunca ha proporcionado una cicatriz á la humanidad, es la ilustracion de los santos. ¿Y por qué? ¡Ah! porque la ilustracion de los santos es una ilustracion legitima, la grandeza de los santos es una grandeza en el orden. La santidad es por esencia el hombre en la plenitud del orden, y por lo tanto en la plenitud de la perfeccion. La santidad no puede desviarse; si se desvia, ya no es el orden, ya no es la santidad. La santidad es el engrandecimiento del hombre, pero el engrandecimiento en el sentido del fin comun; es una elevacion y una marcha de la vida; una elevacion de la vida en sí misma, marcha de la vida hacia su fin.

Si no mirais sino á la superficie, esto os parecerá muy poca cosa, y sin embargo lo es todo. Si el progreso continúa siendo para nosotros un enigma, un misterio, una mentira, es porque no comprendemos esta armonía de las cosas, tan sencilla y tan profunda á la vez. El progreso es un paso hacia adelante, y un paso hacia adelante es un paso hacia el fin, que es lo que digimos hace dos años.

En este crepúsculo de las inteligencias en que nos vemos envueltos á causa de las sombras de tantos sistemas y de las tinieblas de tantos errores, ¡ah! os lo suplico, no perdais de vista esa pura estrella del fin último, que es la única que os hace conocer la marcha de los siglos, como la estrella polar os hace conocer el movimiento de los soles que marchan en el firmamento. Y así como este brillante ejército se mueve en los campos del espacio para cumplir su destino, así también marchan en el orden para alcanzar el fin y descansar en Dios, esa es, lo afirmo, la ley del progreso.

Habeis aceptado esta definicion del progreso: *la libre gravitacion de la humanidad hacia Dios*. En este movimiento libre y voluntario por medio del cual el hombre secundado por el soplo de la gracia se mueve hacia el centro que le atrae, cuanto menos se aparte la humanidad de la via recta, mas bella es su armonía, mas rápido su progreso. La via del progreso verdadero es la línea recta que va de la humanidad á Dios. Todos los sistemas juntos no puede rebajar esta geometría que se descubre en el fondo de la moral, y que contiene como una base eterna todo el edificio del progreso: el progreso es la línea recta de la humanidad.

Ahora bien, los santos, porque son santos, son esencialmente los hombres de la línea recta,

su vida es un vuelo hácia el fin. Aun cuando se bajan para salvar una dificultad, no se separan de ella, son los únicos hombres que no conocen tales *separaciones*. Cuántos sábios, cuántos políticos se separan de la rectitud que conduce á Dios, al hombre creado para llegar á Dios. Los santos no se separan nunca, nunca dejan su camino, y el camino que siguen los Santos es el mismo que tiene que pasar toda alma que busca á Dios; camino real del progreso, del que la vida no puede retroceder ni ser retrógrada, ni puede avanzar sin ser progresiva; camino en que siempre se sube, pero recto, y trazado al hombre por el dedo de Dios á través de los abismos de la creacion; camino que no se puede abandonar enteramente sin rodar de caida en caida hasta el infierno, último término de todas las decadencias; camino que no se puede seguir hasta el fin sin marchar de perfeccion en perfeccion hasta el eterno abrazo de Dios, término supremo de todos nuestros progresos.

Pues bien; este camino, que puede ser llamado el gran camino de la humanidad, los santos lo siguen sin desviarse ni á la izquierda ni á la derecha. ¡Ah! ¿No los veis desde aquí á esos jefes del progreso verdadero del mundo, á esos conductores ilustres de la humanidad? ¿No los veis marchar, sin desviarse del camino, fija la mirada en lo infinito, fijo el corazon en el Eterno? Suben hacia su divino centro, suben ellos los valientes, ellos los perseverantes, ellos los heroicos. A su alrededor hombres y pueblos se separan del camino; caen rodando lejos del término y al fondo de la decadencia; los santos suben siempre, suben con la cruz sobre las espaldas el camino del Calvario, el único que conduce al término, y gritan al subir con la voz de sus ejemplos á las generaciones que le miran; «Vamos, hermanas, dadnos la mano, vamos al centro, al término, á Dios, al progreso.»

Responded al llamamiento de los santos, marchad, seguid sus huellas; son vuestros jefes en la carrera que queréis emprender; siempre les encontrareis en el camino del verdadero progreso. Aceptad la mano que os tienden, conoced, amad, frecuentad á los santos, uniros de corazon á esos hombres que solo se unirán á vosotros para llevaros á la perfeccion en que se encuentran.

(Se continuará.)

ANUNCIOS.

Se halla vacante la plaza de sacristan organista de Valdarachas, en la provincia de Guadaluajara; su dotacion consiste en 834 rs. anuales pagados mensualmente, á proporcion que el mayordomo de fábrica perciba del Gobierno la asignacion de esta; la tercera parte de los derechos de estola y otros emolumentos. Los aspirantes dirigirán sus solicitudes en el término de veinte dias al Cura párroco de la misma D. Victor Lazcano y Cortijo.

NOVENARIO DOLOROSO

DE MARIA SANTISIMA

SEÑORA NUESTRA,

POR UN MISIONERO APOSTOLICO.

Pláticas para los nueve dias, escritas en un estilo natural, llano y perceptible á cualquier entendimiento, segun aquel consejo del Crisóstomo: *populo populariter est loquendum*. En todas y cada una de ellas se encontrarán motivos sólidos y razones eficaces para excitar al aborrecimiento de los vicios y á la práctica de las virtudes, y un enlace y orden no despreciable; pues los puntos primeros excitan á la compasion hacia María Santísima en sus Dolores; los segundos al aborrecimiento de los vicios, y todos á la devocion sólida y verdadera á la misma Reina dolorosísima. Al final se han añadido dos novenas y modo de rezarlas.

Un tomo en 8.º marquilla, 10 rs. en Madrid y 12 en provincias.

Se vende en Madrid en la *Administracion*, calle de Fuencarral, n.º 81, y en las librerías de *D. Miguel Olamendi*, calle de la Paz, 6; *Don Leocadio Lopez*, Carmen, 29, y *D. Benito Perdiguero*, Concepcion Gerónima, 25.

Se remite directamente á los que deseen adquirirla en provincias, siempre que al pedido acompañe libranza de su importe, ó sellos de franqueo, certificando la carta en este último caso, para evitar los frecuentes extravios.

Editor, D. Severiano Lopez Fando.

IMPRESA DEL MISMO, CALLE ANCHA, N.º 34.
TOLEDO:—1859.